BIBLIOTECA NACIONAL JOSE MARTI HABANA CUBA
REMERGENTE PUBLICO
BIBLIOTECA NACIONAL JOSE MARTI HABANA CUBA

CUBA Y AMERICA

REVISTA ILUSTRADA

Vol. XIV — Enero 3 de 1904 — Núm. 1

AÑO NUEVO

POR R.

I

Al comenzar la vida
con sus ensueños
la dicha imprevisora
no mide el tiempo.
Y son las esperanzas,
los devaneos,
los idilios de amores
y sus anhelos,

continuas venturanzas,
goces eternos
sin días ni semanas
sin Año Nuevo.

II

Al declinar la vida
blanco el cabello,
arrugado el semblante,
rendido el cuerpo,
con penas en el alma
sin fe ni alientos
y la dicha gozada
lejos... ¡muy lejos!...
el hombre entristecido
con sus recuerdos
sabe que son fugaces
los años nuevos.

LOS REYES EN CUBA

Por J. M. Romeu

Melchor, Gaspar y Baltasar, las tres testas coronadas, que durante una noche de cada año, vagaban por la imaginación de los infantes, montados en sus cabalgaduras, recorriendo las cinco partes del mundo, en medio de los aires y repletas sus alforjas de tambores, muñecas, cornetas, etc., etc., posándose en cada balcón, en cada ventana, en cada puerta para dejar al niño en el zapato, en la caja ó en la cesta, el prometido regalo, han desaparecido.

Sus cabalgaduras volvieron grupas y ya han olvidado por completo los domicilios de las tiernas criaturas que con tanto júbilo los aguardaban en esa ansiada noche que ni desvestirse querían al ser acostados en su lecho, con sus pensamientos y sus ilusiones fijas en los queridos protectores desde que reclinaban su infantil cabellera sobre la mullida almohada, sin que en vano procuraran sus queridos padres, conciliarles el sueño.

Pero no con los tres reyezuelos, han vuelto, también por fortuna, sus planchadas espaldas, todas aquellas personas que en el mismo día y con los mismos fines se dedican á repartir los consabidos juguetes á los niños de las otras partes del globo, de los demás países.

A los Reyes ha sucedido el no menos célebre Saint Claus, viejo de arrugadas facies, largas y espesas barbas, de aspecto respetable, de espíritu justiciero, pero siempre afectuoso, tratable, simpático, que durante el año emplea sus esfuerzos, talentos, riquezas y talleres en la confección de los objetos más ricos y variados para la diversión de las criaturas y repartirlos siempre y en la misma noche entre ellas.

Una ventaja sí tiene y con la que, dicho sea de paso, han ganado también mucho los niños: no trae en sus alforjas cenizas, ni arenas, ni hierbas malas para rellenar los receptáculos de los que no han observado muy buena conducta durante el año. Pero sí también sabe darles la corrección merecida, bien poniéndoles un juguete de menos valor ó estima, bien no poniéndole objeto alguno, con lo cual resulta más filosófica la lección, porque tras el desengaño en el niño, no le deja la desesperación que le produce un puñado de cenizas ó de arena, ó un montoncito de hierba.

Para los que no son niños, también Saint Claus tiene su parte de observación y de lectura. No trae sobre su cabellera blanca como la nieve, ninguna corona de oro, ni de bronce, ni tan siquiera de madera, sino que la tiene desprovista de toda vestimenta, como para indicar á los mayores una familiaridad absoluta; ni trae magnífica capa bordada en su interior las flores de lis, ni cetro en la diestra, ni tan siquiera viene á visitarnos montado en regia cabalgadura, bien ensillada, bien enjaezada. Sólo vémosle llegar vestido con una simple chaqueta y pantalón de paño terroso y cuando más, para no pecar de pulcro, se aliña su pescuezo con un cuello marinera bajo y cuyas puntas le caen sobre su americana, adornado con una corbata sencilla, roja, que forma un lazo no muy perfecto. Sobre el hombro, acarrea los receptáculos que le sirven para cargar y llevar los juguetes. Nada de fuerzas jae-

INDICE

PÁGINAS

REDACCIÓN. —Revista de Impresos 57, 82, 108, 135, 167. 219, 241
Una misión utilísima 60
El azul del cielo 62
El Esperanto 68
El Picudo 69
Santos Dumont y el gobierno francés 72
El centenario de Heredia en Santiago de Cuba 85
El arte prehistórico 100
Revista política 102, 134, 166, 217, 250, 303, 333, 252
Una institución benéfica 139
Las manchas del sol 142
La educación en China 156
El planeta Mercurio 158
El Carnaval 170
Gabriel Morales Valverde 177
El 24 de Febrero 192
El Genio 210
Congreso de americanistas 232
El corso de flores en San Salvador 290
Opinión de Lord Kelvin sobre el radium 312
John Hay 312
Loyola y Tolstoy 321
Una velada infantil en Cruces 325
Semana Santa 338
Los talamancanos 349
ROMEU, J. M.—Los reyes en Cuba 2
RIVERA, JOSÉ—Tarjeta postal 199
SAURÍ, EDUARDO R.—Frío 192
SANTOS FERNÁNDEZ, DR. JUAN—El Dr. Rafael Ulecia y Cardona 229
ULECIA Y CARDONA, RAFAEL—Consultorios de niños de pecho 345
VILARÓ, JUAN—Nidos 121, 292
VALLE, ADRIÁN DEL—Después del duelo 81
" " " El dominó negro 173
X. Y. Z.—La Estadística 111

POESIAS

AVELLANEDA, GERTRUDIS G. DE—Á la muerte del célebre poeta cubano José María Heredia 95
A. C.—Martí 197
BALMASEDA, FRANCISCO J.—La palma del bosque 259
BORRERO, JUANA—El ideal 299
BUENAMAR, RICARDO—Letrilla 10
" " Giralda de Sevilla 65
" " La Esperanza 157
" " El Herrero 207
BYRNE, BONIFACIO—Céspedes, Máximo Gómez, I. Agramonte, Los Maceo . 203
CALLEJAS, FÉLIX—El festín de los tristes 6
CARBONELL, J. M.—Era en el baile 18
CASTILLO, AURELIA—La hermana de los pobres 331
DÍAZ SILVEIRA, FRANCISCO—Diciembre 15
ESCOBAR, FEDERICO—Himno Nacional 322
ESPINOSA DE LOS MONTEROS, RAMÓN—Cuatro sonetos 320
GIRÓ, VALENTÍN—Evangélica 133
HEREDIA, JOSÉ MARÍA—Sócrates, 86; Himno al Sol, 89; Facsímile de una cuartilla autográfica 90
HERNÁNDEZ PORTELA, RAMIRO—Estaciones 338
LUBIÁN, J. M.—Á la muerte de la Srita. Matilde Quiles 44
LABRA, J. C.—Noche Buena, 67; Ánsias 202
MARCIAL, ODÓN—Un pensamiento de Heine 133
NAVARRETE, MANUEL DE—La ausencia 146
PERALTA, FERNANDO G. Y G. DE—Escenas del hogar 281
RAMOS DE CRUZ, MARÍA CRISTINA—¡Esperanza! 282
R.—Año nuevo 1

INDICE

	PÁGINAS
SELLÉN, ANTONIO—Cantos populares de Italia, 4; Lo más triste, 128; La fuente, 269; Deseos vespertinos	284
SANTA CRUZ, MARÍA DE—Á mi padre	37
SALOM, DIWALDO—Claridad sombría, 99; Apiádate de mí	182
TOYMIL, FRANCISCO—Santo Domingo	270
UHRBACH, CARLOS PÍO—Saint Claus	18
VILLOCH, FEDERICO—Achaques quiere la muerte	24
VILLA, JOSÉ G.—A mi hijo, 64; Nostalgia, 146; Calixto García, 198; El pan	344
ZAYAS, F. DE—Verano, 72; Primavera, 112; Otoño	150
RETRATOS.—Andrés Muro	52
W. T. Greenfell	59
José María Heredia	85, 91, 93
Miguel Iribarren	111
J. A. Belford	118
Geo. H. Sandison, B. J. Fernie	119
Luis Klopsh	120
Gabriel Morales Valverde	177
Eduardo Rosell	195
Conde Katsura, Vice-Almirante Ito, Mutsuhito, Mariscal Yamagata, Marqués Oyama	205
Almirante Alexiev, General Kuropatkin, Nicolás II, Conde Cassini, Conde Lamsdorf	206
José Agustin Arango, Tomás Arias, Manuel Espinosa	221
Dr. Rafael Ulecia y Cardona	220
General Esteban Huertas	239
Dr. Arturo Hevia	279
John Hay	312
Juan Cruz Bustillo	342
ALBUM DE DAMAS.—Srita Cira Andraca	23
,, María Nodarse	49
,, Adriana Beracierto	76
Sra. Concepción Huidobro de Valdivia	165
Srita. María Aurelia Herrera	218
,, Concepción Santoscildes	240
Mrs Belle	332
MÚSICA.—RAMÓN FIGUEROA MORALES—Himno á Heredia	94

REPUBLICA DE CUBA
SECRETARIA DE HACIENDA
CAMARA DE LA BIBLIOTECA

INAS

284
37
182
270
18
24
344
150
52
59
1, 93
111
118
119
120
177
195

205

206
221
220
239
279
312
342
23
49
76
165
218
240
332
94

LA ORACIÓN MATINAL, CUADRO DE MUNIER

nas que le sobrelleven la menuda carga. Él de por sí quiere hacerlo, porque á los niños así les demuestra más cariño, más celo, más amor.

Cuentan los anales que varias veces ha pretendido utilizar un ferrocarril, ó un carro eléctrico de cualquier tracción (menos la animal), pero llegada la hora, á todo ha renunciado y ha preferido usar sus forzudas piernas.

Quién sabe si cuando el problema de la aerostática se perfeccione, se valga de ese nuevo medio que tan apropiado parece á su misión.

Pero Saint Claus ante todo, quiere dar á comprender á la humanidad, que puede haber también en el mundo muchos otros Saint Claus y entonces los niños escogen uno de su devoción.

¿Quién quiere ser también Saint Claus?

¿Cuál, tú, niño de hermosa y rubia cabellera, vas á preferir entre todos?

¡Cuántos y cuántos Saint Claus hacen falta para tanto niño de alma pura y blanca que al levantarse de su duro lecho, si es que lo tiene, va á mirar su pobre cajoncito puesto al sereno de la noche, en el quicio de su ventana y lo encuentra vacío, sin nada! Y dirigiéndose á su triste madre, exclama: ¡si yo me he portado bien siempre! Sólo recoge como fruto de Saint Claus una amarga lágrima de su pobre madre.

CANTOS POPULARES DE ITALIA

(Traducción inédita de Antonio Sellén)

I

Cuanto puedas volar, vuela, paloma,
Asciende cuanto puedas ascender;
Dále al mundo la vuelta, que algún día
En mis amantes brazos te has de ver.

II

¿No ves cuál brillan hermosas
Las estrellas en el cielo?
Cuéntalas una tras una,
Y díme el número luego,
Pues más pesares le causas
A mi enamorado pecho
Cuando en amante coloquio
Con mi rival te sorprendo.

III

Si para huir de mí, cierva te vuelves,
León para cazarte yo me haré;
Y si avecilla para hender los aires,
Yo halcón, y entre mis garras te veré;
Si pez para en los mares guarecerte,
Para pescarte en red me he de tornar;
Y si en luz te conviertes, mariposa
He de ser y en su llama he de expirar.

EL REY DE LAS SOMBRAS

(IMITACIÓN DE GOETHE)

POR EL DR. GUILLERMO DOMÍNGUEZ

Ilustrado por la Srita. Emma Campuzano

¿QUIÉN camina tan tarde por el bosque á la orilla del río y á través del viento y de la noche? Es la madre con su hijo. Le lleva en sus brazos, le aprieta, le besa y le calienta. El niño tiembla, se estremece, se cubre la cara con sus manos.

—Hijo mío, mi hijito, ¿por qué ese pavor, ese miedo? ¿por qué cierras tus lindos ojitos y no quieres ver?

—Madre mía, ¿tú no ves al rey de las Sombras, con su corona y sus largos y blancos cabellos?

—No, hijo mío, no te asustes, es la Niebla que se extiende sobre el campo y el bosque y todo lo cubre con su pálida blancura.

—Ven conmigo querido y bello niño, ven conmigo. Nosotros seremos muy felices, jugaremos á todos los juegos en hermosos jardines, llenos de brillantes y esmaltadas flores y donde pintadas aves cantan suavemente. Te vestirás con trajes de oro y plata. Seremos muy felices.

—Madre mía, ¿tú no oyes, ni entiendes, lo que el rey de las Sombras me ofrece tan dulcemente?

—Hijo de mi alma, no divagues, no sueñes, estáte tranquilo; es el viento que murmura entre los árboles, es el sonido de las hojas. Permanece en paz.

—Niño gentil y angelical, ¿quieres seguirme? Allá en mi casa mis hijas cuidarán de tí como tu madre, te bailarán la danza nocturna, te arrullarán, te adormecerán con sus bailes, con sus músicas y con sus cantos celestiales ¿quieres venir?

—Madre mía, ¿tú no ves allá lejos en el fondo del bosque á las hijas del rey de las Sombras que parecen tan lindas con sus ropas blancas y grises?

—Hijo de mi vida, tú te engañas, yo lo veo todo bien, no son las hijas del rey de las Sombras, son los viejos árboles que por la Niebla y la Noche te parecen otras cosas. No tiembles, ¿tienes frío?

—Querido niño, tu rostro me encanta, tus dorados cabellos me seducen y tu bondad me fascina, ven conmigo, si tu no quieres complacerme yo te arrancaré de los brazos de tu madre.

—Madre mía, madre mía. ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Qué miedo! El rey

de las Sombras me coge, me lleve, madre mía, nó, yo no quiero que me hace daño; yo no quiero que me daño.

La madre tembló, apresuró el paso, apretó contra su pecho jadeante á su hijito que gemía, corrió á su casa llena de pena, aterrorizada, acongojada, entró y colocó al niño en su cama: el niño estaba muerto.

EL FESTIN DE LOS TRISTES

Fragmentos de un poema inédito

POR FÉLIX CALLEJAS

¡Oh compañeros mártires que recorréis el mundo
llevando la tristeza del alma en lo profundo!
Los que inclináis la frente marchita por la llama,
herida por el rayo de un insaciable anhelo
indefinible y hondo; los que esperáis del cielo
la lumbre en que se esparce el iris de la fama.....
Los que subir quisiérais la cumbre del Parnaso
y cabalgáis veloces en alas del Pegaso
para beber sedientos las aguas de Hipocrene:
¡jamás, aunque se agoten en nuestras secas fauces
del manantial fecundo los anchurosos cauces
será bastante el agua que nuestra sed refrene!
¡Oh fieros criminales! horribles presidiarios
sin alma y sin conciencia, feroces incendiarios
que el mundo ver quisiérais en mar de sangre extinto;)
¡oh compañeros mártires que en medio á vuestra ansia)
jamás vaciáis el cáliz donde el dolor se escancia,
jamás saciar pudísteis la sed de vuestro instinto!
.....
Intrépidos guerreros que entráis á la batalla
y arremetéis con furia, sembrando de metralla
de la enemiga hueste el parque destrozado;
¡oh compañeros tristes que en medio á la victoria
halláis mezquino el triunfo, mezquina vuestra gloria,)
mezquina al compararla con la que habéis soñado!
.....
¡Oh fieros criminales! ¡oh dulces trovadores!
amantes, presidiarios, guerreros, soñadores;
hermanos en el ansia, hermanos en el duelo:
ni el crimen, ni la orgía, ni el triunfo, ni la fama
jamás de vuestros pechos extinguirán la llama:
la vida es un continuo, interminable anhelo!.....

* * *

Cuando en la noche muda, cuando en la noche honda,)
solitario el espíritu se pierde entre la fronda
del misterioso bosque, del bosque de los sueños
donde la sed calmamos en la Castalia fuente,
la blanca visionaria, la soñadora mente
se puebla de fantasmas, de mundos y de ensueños..
¡Mirad! De la colina sobre la enhiesta cumbre
se eleva majestuosa, soberbia la techumbre
del amplio, regio alcázar donde el Dolor habita...
¡Oid como resuenan las notas de su orquesta!
¡Oh compañeros tristes, vayamos á la fiesta
que nuestro viejo amigo cual siempre nos invita!
Vayamos á la fiesta, sigamos al destino
irresistible y ciego; crucemos el camino
que hacia el Dolor nos guía en dirección constante;
entremos al palacio soberbio, majestuoso,
de regia pompa lleno, donde el audaz coloso
celebra con la Tierra sus bodas de diamante.

* * *

Ya llegan al palacio en larga caravana,
fieles representantes de la miseria humana,
artistas soñadores, filósofos, poetas;
los que del mundo saben el ansia eterna y muda,
los que en sus pechos guardan del áspid de la duda
ocultas las heridas profundas y secretas.....
.....

Feliz Año Nuevo

ENTRE PILLUELOS

Por Palmiro de Lidia

Sentado en el suelo, Payo leía en alta voz uno de los periódicos de la tarde que no había podido vender. Pronunciaba con dificultad, marcando mucho las sílabas y repitiéndolas varias veces, hasta que lograba decir seguidamente la palabra, dándole á menudo un acento diverso al que realmente tenía.

Fatigado, dejó el periódico á un lado, se tendió en el suelo, cruzando los brazos detrás de la cabeza, y fijó su mirada vaga en el cielo, de un azul blanquecino. Sintió el vértigo, no el del abismo que atrae hacia abajo, sino el del espacio, que parece nos eleva hacia las regiones infinitas. Entonces, cerró los ojos y pensó. Recordó que hacía años, siendo él muy niño, la vieja trapera que lo tenía recogido había muerto repentinamente en aquel mismo *cercado*, donde tenía su choza. A la muerta, se la habían llevado de noche, unos hombres de aspecto lúgubre; á él, lo habían dejado abandonado allí, y allí había vivido y crecido, sintiendo á veces mucho frío y mucha hambre. Aquello había pasado; ahora sentíase fuerte, animoso, con ansias de aprender, de saber, de amar; pero tambien se veía solo, viendo en todos los hombres enemigos que lo trataban con desprecio.

Un gemido distrájole de sus meditaciones. Abrió los ojos: á su lado estaba *Miserias*, sentado sobre las patas traseras, meneando la cola y mirándolo fijamente. Payo se incorporó y atrajo el perro hacia él.

—Pobre *Miserias*, que flaco estás, —dijo acariciándolo, mientras el perro, poniéndole las patas delanteras sobre el pecho, trataba de lamerle el rostro.

Hasta él llegaron las voces irritadas de sus compañeros. Estaban jugando no muy lejos. Habían marcado una raya recta en el suelo y desde determinada distancia tiraban una moneda de cobre. Ganaba el que más se acercaba á la marca, sin pasarla.

La estridente voz de Migajas sobresalía de las demás, y fué la última que increpó duramente:

—¡No juego más, maldito tramposo!

Luego se acercó á Payo, silbando su marcha favorita.

—Oye Payo,—le dijo al llegar á su lado.

—¿Qué quieres?

—Préstame.....

—¿Para jugar? —interrumpió Payo.—Para jugar no te presto nada.

—Vamos Payito; algunos centavos no más: quizás pueda recuperar algo.

—Eres un bestia.

—Gracias, Payo, pero préstame...

—Te digo que no. ¿Por qué jugáis? Esto no está bien entre compañeros. Si tu pierdes lo que tanto te cuesta de ganar vendiendo periódicos, luego no tienes que comer; y si ganas, pues es como si le quitaras la comida á otro. Te digo que esto no está bien.

—Hablas como un maestro de escuela. ¿Quién te ha enseñado todo esto?

—No necesito que me lo enseñen; yo tengo mi cabeza para pensarlo.

Migajas vió venir al *Rojo*, muy

entretenido contando el dinero.

—Oye, tú, pelo de azafrán, ¿sabes lo que dice Payo? Pues que eres un ladrón, y yo lo creo, porque siempre haces trampas en el juego.

—Eso no es verdad —dijo el Rojo; —lo que tienes tu es roña porque te he ganado; en cuanto á Payo.....

—Espera—interrumpió Payo;—yo no he dicho que fueras ladrón.

—¿Le tienes miedo?—agregó Migajas guiñando maliciosamente los ojos.

—Miedo no, pero sí envidia—agregó el Rojo sonando el bolsillo.

—No seáis tontos; ni miedo, ni envidia; pero me sabe mal que unos á otros os quitéis el dinero jugando.

—No son cuentas tuyas, —dijo el Rojo.

Payo levantó los hombros con desprecio y se tendió otra vez en el suelo.

Migajas silbó, ladeó su mugrienta gorra, y, las manos en los bolsillos, dió una vuelta alrededor de sus compañeros, parándose luego en seco delante del Rojo.

—Mira, —díjole sacando hacia afuera los vacíos bolsillos de sus pantalones.

—Bien ¿y qué?

—Préstame unas *perras*.

—No me fastidies—contestó el Rojo de mal humor.

—¡Tacaño!.....

—Te voy á prestar una peseta, pero tú luego me devuelves cinco reales.

Payo se incorporó rápidamente.

—¡Maldita sea tu estampa! Después de *birlarle* el dinero jugando, quieres explotarlo. Eres un mal compañero.

—Una cosa es el compañerismo y otra cosa es el dinero—contestó flemáticamente el Rojo.

—Para tí sí, hijo de judío y bruja —díjole Migajas.

—No insultes porque te pego.

—¿Quién, tú?..... —y escupió con desprecio.

El Rojo hizo admán de abalanzarse sobre Migajas, pero le contuvo la fija mirada de Payo.

—Eres un chiquillo—se contentó con decir; y sentándose en el suelo, sacó el dinero y empezó á contarlo con visible satisfacción.

Migajas, siempre silbando, miró al Rojo, y salió andando, volviendo de vez en cuando la cabeza. Cuando estuvo algo lejos cogió una piedra, la tiró sobre el Rojo y corrió hacia la gran explanada polvorienta y desigual que se extendía frente del *cercado*.

—Me la pagarás—le gritó el Rojo levantándose y amenazándolo con el puño.

Payo continuó tendido en el suelo, impasible, perdida la mirada en el abismo infinito del cielo, en el que se veían ya brillar débilmente algunas estrellas solitarias.

Miserias, tendido á su lado, dormitaba.

LETRILLA

POR R. BUENAMAR

Tus ojos son fuego,
Tu boca un rubí,
Tu talle flexible
Cual junco sutil.
Tu cutis moreno
Colora el carmín,
Rebosa la gracia
Tu cuerpo gentil,
Y estoy tan prendado,
Tan ciego por tí,
Que si no me amas
Me voy á morir.

¿Recuerdas la tarde
Que te conocí?
De blanco vestías...
Y un níveo jazmín
Atado al cabello
Con lazo turquí.
Pues ¡ay! desde entonces
Estoy, infeliz,
Tan loco de amores,
Hermosa, por tí,
Que si no me amas
Me voy á morir.

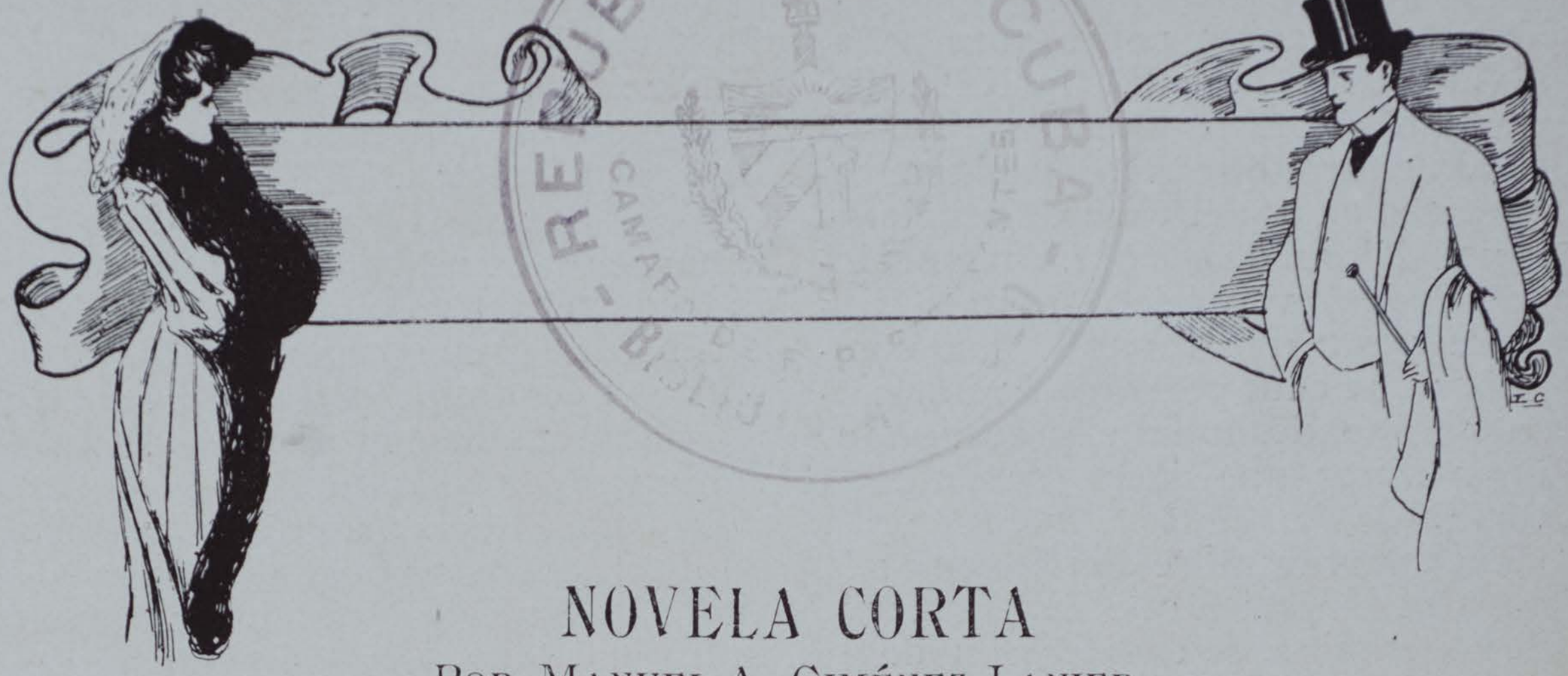
Por ante tu puerta
Pasé veces mil,
Y una mañanita,
¡Mañana feliz!
Un ramo de flores
Gozoso te dí
Y en vano mi labio
Te quiso decir:
—Trigueña, te adoro,
Ten piedad de mí,
Que si no me amas
Me voy á morir.

También una carta
Me puse á escribir...
Mas nunca he querido
Que lleguen á tí
Mis ruegos, que acaso
No te hagan sentir,
El fuego que abrasa
Mi seno infeliz.
En ella te explico
Mis ansias así:
"Si tú no me amas
Me voy á morir."

No sé lo que alcancen
Mis ansias al fin,
No sé si en tus sueños
Me nombras á mí.
Mas sabe, precioso
Genial querubín,
Que sin tus amores
No quiero vivir,
Que te adoro tanto,
Con tal frenesí,
Que si no me amas
Me voy á morir.

No quieras altiva
Ni ingrata ni vil
Premiar el afecto
Que tengo por tí
Con fieras crueldades
Que me hagan sufrir.
Mi acento te mueva,
Piedad ten de mí,
Si tú no me quieres,
¡Oh, suerte infeliz!
De pena y despecho
Me voy á morir.

(1871)



NOVELA CORTA

Por Manuel A. Giménez Lanier

Ilustrado por la Srita. Campuzano

Marietta N....., hija de un antiguo militar retirado, el cual acabó sus años en una posición si no brillante, al menos holgada, que la proporcionaba la renta que percibía de una finca adquirida durante el tiempo que prestó servicios á su patria, con el producto de los ahorros, vivía en la aldea de X., en unión de su madre.

Dieciséis años contaba, y era mujer de modales tan refinados y de tipo tan delicado, que difícilmente podía adivinarse que en las soledades del campo y entre las gentes sencillas de la aldea, hubiese nacido y se hubiese criado aquella *niña-mujer* adorable.

Trigueña, de ojos expresivos y mirada reveladora de una inteligencia clara é imaginación vivísima, poseía además encantos físicos indescriptibles, para completar sus atractivos.

A esta edad, llevaba amores con Antonio, que á la sazón contaba diecinueve años, y era también hijo de aquella aldea y perteneciente á una familia de trabajadores pobres y honrados, compuesta de un padre y una madre amantísimos y dos hermanas cariñosas.

Antonio desde su niñez conoció á Marietta, y los amores puros de estos aldeanos se formaron insensiblemente entre los perfumes de las flores y en la frescura de la selva á donde dirijian juntos sus pasos en los ratos que para ello podían disponer.

En una de aquellas tardes deliciosas del verano, encontrábanse sentados los

jóvenes amantes sobre una peña, al lado de la cual la Naturaleza había hecho nacer un robusto almendro, que evitaba el que penetrasen en aquel paraje los últimos rayos del sol de ese día. Antonio indagaba con verdadero afán la causa del pesar que invadía á su compañera, la cual permanecía silenciosa y triste, deshojando preocupada, unas flores que entre sus manos tenía.

La incertidumbre del joven cesó, para dar lugar á que la tristeza y desesperación se apoderasen de su alma, cuando Marietta le comunicó la determinación de su madre de abandonar la aldea con motivo de una carta recibida hacía pocos días, y en la cual se le hacían ventajosas proposiciones para trabajar junto con su hija en una casa de modistas de la capital.

Esta desesperante noticia, costó lágrimas á los novios, y dió ocasión á que se redoblasen los juramentos de cariño eterno y amor indisoluble. Marietta entregó á Antonio como recuerdo y símbolo precioso de su cariño, un anillo que llevaba puesto, el que recibió de manos de su padre antes de expirar, y en el que se encontraba grabado el nombre de esta linda mujer. Antonio, en cambio, como único objeto dedicable, se deshizo de un pequeño y rústico cuchillo que usaba y que le servía para cortar las flores con que constantemente obsequiaba á su Marietta.

Llegó por fin el día terrible de la separación de aquellos dos seres, y la frase "*Contigo ó con Dios*" fué la última que el chico pronunció entre sollozos, cuando ya la diligencia partía llevándose la alegría de Antonio y dejando la de Marietta.

La llegada del correo, era ansiada desde entonces por aquellas víctimas de cruel separación; y tanto uno como otro, ocupados durante el día en sus respectivos trabajos, robaban al sueño horas enteras para hacer algunos garabatos que significasen el recuerdo y probasen que no era la separación causante del olvido.

Sin embargo, á los tres meses escaseaban las cartas de la capital á la aldea. Ya la llegada del correo desesperaba á Antonio en algunas ocasiones, y aunque en las cartas posteriores se disculpaba Marietta, exponiéndole motivos varios que le impedían cumplir con toda exactitud, no era ésto lo bastante para calmar la contrariedad y el dolor que el joven experimentaba.

Antonio empezaba á recelar, ya la duda en ocasiones le invadía y sus amarguras aumentaban á cada momento. Por otra parte, su padre se encontraba bastante delicado de salud, y los recursos que éste con su actividad constante podía facilitar á su familia, ya no se podían esperar; pues postrado en el lecho, se veía impedido para el trabajo. Sobre Antonio, pues, pesaba toda la carga de su familia, y aunque sus hermanitas pequeñas, afanosamente también se dedicaban al trabajo, procurando hacer menos penosa la situación de aquel hogar, indiscutiblemente se sentían ya los efectos terribles que la enfermedad del pobre viejo motivaban.

A los cinco meses ya Marietta suspendió toda comunicación con Antonio, el cual pasaba noches enteras sin poder conciliar el sueño,

interrumpido por las ideas de su situación, la de su familia y la desesperación que le ocasionaba la ingratitud de aquella mujer.

Quería ir á la capital y averiguar lo que ocurría; pero para ello era necesario abandonar á su familia y disponer de alguna cantidad de dinero, que no podía distraer, porque no le alcanzaba lo que con sus brazos podía ganar, para proporcionar medios de curación á su padre, el cual cada día iba empeorando.

En estas condiciones, Antonio, se vió sorprendido por una carta de Rodolfo, un antiguo amigo que residía en la capital y que perfectamente conocía la situación de éste con respecto á Marietta.

La carta venía concebida en estos términos:

"Querido amigo: no me gusta engañar á quien quiero. Marietta, tu novia, ya no te pertenece; ha dado palabra de matrimonio al marqués de V....., con el cual se casará dentro de breves días, saliendo inmediatamente para Alemania. El golpe te será duro, pero me he decidido á escribirte, pensando en que quizás ignores lo que ocurre. Tuyo,

Rodolfo."

Suprimimos el describir el efecto moral que causó á Antonio esta terrible noticia.

Cegado por la pasión exaltada, y con la desesperación que el lector adivinará, no tuvo desde aquel instante, punto de calma. Esta revelación constituyó desde aquel momento para el infeliz pastorcillo, motivo para obsesionarlo.

En la diligencia que partió en la madrugada siguiente, de la aldea, salía Antonio para la capital, abandonando á su familia y dejando enfermo, en gravísimo estado, á su buen padre.

Todos los días en la Estación Central de la alegre y bulliciosa capital, se veía al joven de la aldea, meditabundo, paseándose con muestras de intranquilidad por los extensos corredores del andén.

En una de las mañanas de esos días, en que la nieve que constantemente caía, blanqueándolo todo, daba un aspecto indefinido de tristeza á aquella gran ciudad que la empezaba á alumbrar tenuemente la luz de los primeros rayos del sol, disminuída por la abundante y densa niebla, llegó á la estación un magnífico cupé, arrastrado por briosos corceles, y cuando el lacayo respetuosamente descubierto abrió la portezuela, se vió bajar á un caballero perfectamente trajeado que daba cortesmente la mano á una mujer elegantemente vestida.

Antonio reconoció bien pronto que, esa mujer, era su Marietta, y no pudiendo soportar impasible su presencia, abandonó apresuradamente aquel sitio.

A los pocos momentos sonó el aviso de partida, y todos los pasajeros precipitadamente tomaron el tren, que salió con rapidez.

No habían transcurrido muchos minutos, cuando los viajeros oyeron fuertes pitazos de aviso, observando al mismo tiempo que el tren detenía su marcha. ¿Qué ocurría? ¿Qué había acontecido en tan corto trayecto?

A los pocos momentos, toda la incertidumbre se había convertido en realidad dolorosa. Entre las ruedas y herrajes del carro en que iba la mujer elegante del cupé, la Marietta feliz con su esposo, se encontraba el joven aquel de la estación, el infeliz Antonio, el cual fué reconocido por una carta que en sus bolsillos se le encontró, dirijida á sus familiares y redactada en estos términos:

"No he podido soportar tanta desventura. No soy un cerebro enfermo ni un hijo ingrato, sino un corazón herido en lo más íntimo. Adiós para todos."

De sus dedos se extrajo un anillo en el que se encontraba grabado el nombre de "Marietta".

El tren, después de detenido breve tiempo, siguió su marcha, y los viajeros comentaban con tristeza y pesar el doloroso accidente que envolvía verdadero misterio.

Sólo la hermosa Marietta se lo explicaba todo, y tratando de disimular su agitación, sufría considerablemente, permaneciendo sus ojos desde aquel momento empapados por lágrimas, y encerrada en verdadero silencio que interrumpía solamente con los sollozos que dejaba escapar. Su esposo disculpaba el estado de su compañera, pensando en lo sensible del corazón de aquella mujer, y trataba en vano de distraerla de aquella idea.

Al día siguiente de la llegada de los excursionistas á la culta Berlín, se leía en el Boletín de la mañana, la siguiente noticia:

"Un suceso misterioso y particular, ha ocurrido en el Hotel H... La Sra. Marietta N..., esposa del opulento señor Marqués de V... Banquero de C..., ha puesto fin á sus días clavándose en el pecho un pequeño cuchillo que llevaba grabada la letra A. Ha dejado escrita la siguiente misteriosa carta:

"He asesinado alevosamente á alguien, por el móvil del más vil interés; y aunque no hay juez en la tierra que pueda condenar mi crimen, he decidido tomar la justicia por mi mano. Soy honrada mujer, pero mi infamia merece castigo. Perdón á las víctimas que quedan.

Marietta N....."

Asi concluyeron aquellos amores infantiles...

DICIEMBRE

POR FRANCISCO DÍAZ SILVEIRA

A Bonifacio Byrne

Era el último instante de un siglo
y el barroco templo
con repiques alegres llamaba
á los moradores del tranquilo pueblo.

En la atmósfera gris de la noche
volteaba el eco
como risa de labios seniles
entre cortinajes de mortuorios lechos.

Yo, mirando las calles bañadas
por la luna en pleno,
convocaba en la debil memoria
á los adorados seres que murieron.

Y sentía crecer en la mente
el tenaz anhelo
de sumirme en la sombra infinita
y la eterna calma disfrutar con ellos.

Han corrido tres años apenas;
ilumina el cielo
llena y clara la luna, y percibo
toques de campanas en feliz concierto.

Es Diciembre también!..... Y no invoco
á los pobres muertos;
sino en trémulas olas de vida
con crecientes ansias unjo el pensamiento.

Ya no torno la vista al pasado;
ya no me estremezco
del temor de que tarden las nupcias
con la bien amada de los días negros.

Hoy quisiera impedir lo futuro,
detener el tiempo,
conservar la ventura inefable
que en el santuario de mi hogar poseo.

Y quisiera lograr de la suerte
con mis vanos ruegos
poder siempre besar á mis hijos
como en este instante con pasión los beso!

JIMENEZ

LA LECCIÓN EN EL JARDÍN, CUADRO DE CAT

PROTESTA DE UN CERDO

Por A. Pompeyo

Ya que el pavo se lamenta, bueno es que yo proteste. Pero ante todo, amable lector ó simpática lectora, voy á presentarme á usted, sin formalidades de ningún género, y ya que no puedo quitarme el sombrero, levantaré el hocico y menearé el rabo en señal de respeto y sumisión.

Soy Pancho, el cochino más estrepitoso de esta comarca. El nombre que llevo me lo puso la hija del mayoral de una estancia del Camagüey, la guajira más graciosa que jamás ojos vieron. Fué mi padre un berraco que padeció achaques á la vejez y como nací enclenque se condolió mi dueña y ésta fué la que me crió..... con panetela y leche fresca de vaca. ¡Ay, cómo me gustaba la pezonera! A la eficaz solicitud de mi madre *adoptiva* correspondía yo con chiqueos y siguiéndola como un perro. Decididamente tenemos los puercos un instinto grande de conservación y correspondemos con gratitud á los favores. De aquella época feliz lo único que recuerdo con desagrado eran las cuchufletas de un enamorado que tenía mi ama, que solía decir cuando me veía comiendo sopa: "Pero ¿qué entenderá el cochino de panetela?"

Los alimentos y el cuidado me hicieron crecer y desarrollar pasmosamente. Pronto entré en la pubertad y me dieron carta blanca para comer de todo, aprovechándome de los sobrantes de las comidas que me p o n í a n pando. No conozco nada más agradable que las siestas que echaba después de la pitanza. Comer, dormir y no trabajar es el colmo de la felicidad; pero también es cierto que pagamos caro nuestras felices disposiciones para la ceba y en los momentos más solemnes nos inmolan. No hay animal en el mundo cuya carne sea más gustosa que la nuestra ni que rinda más manteca ni de mejor calidad.

Tengo á orgullo haber nacido lechón y seguir siendo marrano. Tengo conciencia de lo que valemos, de la bondad y excelencia de nuestra carne y del servicio grande, trascendental que hemos prestado á los h o m b r e s, proporcionándoles con nuestros perniles el *jamón* que es un verdadero *bocato di cardinale*.

Nuestra carne es la más sabrosa que el hombre se lleva á la boca. Chupa nuestras costillas hasta el hueso y la vaca y el carnero son inferiores á nuestro lado.

Un puerco ahumado con hojas de guayaba, con plátano verde y mojo de naranja agria, es el alimento predilecto del guajiro criollo. La boca se me hace agua al recordar lo rico que es ese plato. En la mesa más modesta, como en la más encumbrada, desempeña el ajiaco un papel importante y del ajiaco el alma soy yo.

Por todo lo expuesto se comprende que merecemos más miramientos y más respeto por parte de los

hombres. Protesto en nombre de los de mi especie contra los epítetos denigrantes que se nos dedican. En primer lugar no somos *puercos* en el sentido de desaseados, porque si el hombre no limpia nuestros chiqueros y huelen mal, la culpa no es nuestra.

Mucho hay que hablar sobre eso que los hombres llaman *higiene* y *microbios* y otras zarandajas. Comiendo desperdicios de comidas, frutas en descomposición y revolcándonos en los charcos, crecemos, engordamos y disfrutamos de la salud más perfecta. ¡Hablarme á mí de higiene! Yo creo que cada animal tiene la que necesita y al que más falta le hace es al hombre, que hay algunos que ya, ya!...

Protesto contra Mahoma que prohibió la carne de cerdo á sus prosélitos y no son ellos más sanos ni más morigerados é inteligentes que los cristianos. De éstos los hay que comen carne de puerco todo el año y están tan saludables y tan campantes y el que lo dude que venga aquí á esta tierra de Cuba.

Si Mahoma hubiese probado la gandinga de puerco, de seguro que deroga la orden de prohibición.

Protesto contra el nombre de *cochinos* que se nos aplica, pues hay animales que hacen más *porquerías* que nosotros, y no quiero señalar.

Protesto de que se nos mate prematuramente y no nos dejen morir de viejos ó de un atracón, y por último, si no es posible dejarse matar antes de tiempo, conste que á la hora de nuestra muerte protestaremos con todas nuestras fuerzas, alborotando á la vecindad, llorando á lágrima viva y poniendo el grito en el cielo!

ERA EN EL BAILE.....

Por J. M. Carbonell

La ví y temblé: mi pecho estremecido,
Convulso se agitó en su cárcel fría,
Como águila altanera, que bravía
Bate las ramas en su agreste nido.

Por un ambiente suave adormecido,
Soñé en mi calurosa fantasía,
Que en una mar silente, en agonía,
Mi corazón se desangraba herido...

A la otoñal y húmeda floresta,
Las notas sollozantes de la orquesta
Llegaban á mi oído en ronda alada;

Y en mis delirios de llorar á solas,
Creí que agonizaban las corolas
En las rubias guedejas de mi amada...

SAINT CLAUS

Por Carlos Pío Uhrbach

Es un rey misterioso. Su corona
forjada fué con sus cabellos canos...
Semejase á los viejos cartujanos
porque su dulce faz encapuchona.

Son mágicos los sueños que eslabona.
Infantiles sus tiernos cortesanos.
¡No engendra su poder republicanos
Ni fiebres regicidas su persona!

Su acento es melodiosa serenata.
Su luenga barba de bruñida plata
despereza sus ondas sobre el pecho;

Y se disuelve en su pupila obscura
el fulgor de evangélica ternura
como un rayo de sol casi deshecho!

GABRIEL REYES

NOVELA CUBANA.—ILUSTRADA POR LA SRITA. EMMA CAMPUZANO

POR EL DR. EUSEBIO GUITERAS

(*Continuación*)

FELIZMENTE el traído y llevado garrafón se mantuvo entero durante la temporada y lo que es más, desde los primeros días sintió doña Marcela un beneficio que fué aumentándose de grado en grado. Acaeció, pues, un día que esta buena señora recibió un recado de Eulalia, diciendo que no le era posible acompañarla hasta el baño. Este recado iba á dar ocasión á otro dirigido á Emeteria Muerdecueros, cuando quiso la suerte que se presentase Gabriel como llovido del cielo; el cual, habiéndose enterado de lo que pasaba, dijo que él podía acompañar á su madre hasta la casa de baños, pues tenía que ir á la calzada de San Lázaro á ciertas diligencias de Aguirre.

—¿A la calzada de San Lázaro?—preguntó don Cayetano, que estaba poniéndose la levita y el sombrero para salir á la calle.

—Sí, señor. ¿Quería usted algo?

—¿Te tomará mucho tiempo la diligencia de Aguirre?

—Cinco minutos, de manera que despacho antes que mamá entre en el agua, y me voy á hacerle la guardia, por si acaso necesita de alguna cosa, ó si la asusta algún pez atrevido.

—¡Qué casualidad!—exclamó don Cayetano.—Mira, yo tenía justamente que ir hoy de esa vuelta; pero me es imposible, porque tengo que escribir largo al conde por el correo de Cádiz, que sale mañana y atender á una porción de cosas antes de hacerlo.

—Si es cosa que yo pueda hacer....

—Sí; el negocio es el siguiente: en la casa que tiene tu madre en la calzada de San Lázaro se acaban de hacer varias reparaciones, y ayer presentaron sus cuentas los albañiles y carpinteros; pero sucedió que, poco antes de llegar ellos, recibí una esquelita del inquilino, que es don Matías Corsino, diciéndome que las tales reparaciones habían salido una chapucería, y que no valen la mitad del dinero porque fueron contratadas. Por supuesto, suspendió el pago, cosa que, como tu sabes, no me gusta hacer, particularmente cuando se trata de artesanos pobres, como son ésos. Pasa tú por la casa, habla con don Matías, y mira lo que hay.

—Pierda usted cuidado..... ¿Corsino dice usted que es el apellido de ese don Matías que hace tanto tiempo tiene la casa?

—Corsino.

—¡Corsino!... lo había olvidado... Yo creía que no había más Corsino en la Habana que el conde.

—Pues éste, así se llama. De dónde ha sacado el nombre es cosa que no te podré decir. Ni el conde lo sabe, ni yo tampoco... Extraño es que no hayas oído...

—Seguramente lo había olvidado, porque ese nombre hubiera fijado mi atención, como ha sucedido ahora.

—Verdad es que él es hombre que no da lugar á que se miente mucho su nombre, á lo menos aquí; porque el cobrador no tiene que ir á la casa más de una vez para percibir el alquiler. El es bastante conocido, sin embargo, entre los que andan á caza de dinero, porque es prestamista..... á la sordina.

—¿Y cuáles son las señas de la casa?

—No tienes más que pasar de los baños á

DOÑA MARCELA ESTABA YA LISTA.....

que va tu madre, á la calzada. Te das de narices contra la bodega de *La Estrella*, y dos puertas más arriba está la casa..... Zaguán, dos ventanas y azotea..... Conque, andar, que estoy de prisa, y el tiempo se me va. Adios.

—Adios.

Doña Marcela estaba ya lista con su cesta de colchas y tohallas y alguna fruta, y el quitrín estaba también pronto á la puerta con el garrafón levantando el erguido cuello. Gabriel, que sabía la historia del famoso recipiente, lo miró de reojo, acomodando las piernas por encima del abultado vientre sin poner mucho cuidado de no quebrarlo con los tacones de los zapatos.

—Ten cuidado con el garrafón, hijo,—dijo doña Marcela, poniéndole una mano á Gabriel en el brazo.

—Es no tener consideración, mamá.....

—¿Qué quieres hijo?..... Si vieras á la niña como se ha puesto con los pocos baños que ha tomado. Colorada está como una rosa, y con unas carnes que hacen roscas..... ¡la pobrecita!

—Pero su madre podría.....

—Deja, hijo, deja. ¿Quién sabe si, por hacer esa buena obra, ha permitido el Señor que á mí también me hayan servido de provecho los baños?

Nada pudo contestar á esto Gabriel, y se quedó mirando á aquella mujer con los ojos del alma con que miraba sus fantásticas ilusiones.

En la casa de baños encontró doña Marcela á una señora bañista como ella, á quien había conocido allí; y después de saludarse, hablar del tiempo, de sus achaques y del efecto que eu ellas producían las aguas de mar, convinieron en entrar en el mismo baño; con lo cual despidióse Gabriel sin cuidado para ir á entender en sus diligencias. En un momento despachó la de Aguirre, y fué en busca de *La Estrella*. Desde lejos reconoció la señal, pintada de blanco en un bastidor de hule negro medio rasgado; pero ya tan maltratada del tiempo que parecía estrella de noche tempestuosa.

Zaguán, dos ventanas y azotea. He aquí la casa.

El postigo de la puerta de entrada estaba entornado y sujeto con un trozo de madera, de suerte que no dejaba la abertura paso á una persona. Las ventanas tenían persianas verdes con una vidriera de colores formando arco en la parte superior. Gabriel buscó el picaporte, y no vió más que algunos agujeros mal tapados por la pintura de color de caoba, que indicaban el lugar donde aquel estrepitoso despertador de la casa habia sido en otros tiempos colocado. Con disimulo pasó Gabriel de la puerta á la ventana más inmediata, y echó una ojeada por las persianas, mirando al mismo tiempo su reloj, temeroso de que hubiese llegado á interrumpir á la familia á la hora de comer. Eran las dos de la tarde, y veíase en el comedor la mesa cubierta con un tapete carmesí. Ruído no se oía ninguno. "Verá usted si habré hecho viaje á China..... Debe de haber enfermo en la casa," se dijo Gabriel; y muy suavemente con los nudillos de la mano tocó en el lugar que había ocupado el picaporte. Como por encanto á aquel golpe siguió un silbido apagado pero penetrante con que alguien parecía acallar el leve ruído que había hecho; y casi simultáneamente, sin que hubiese llegado á los oídos de Gabriel sonido de pisadas, se abrió la puerta y se presentó en ella un negro descalzo y con los zapatos en la mano.

—¿Esta es la casa de don Matías Corsino?—preguntó Gabriel, bajando insensiblemente la voz para acomodarse al silencio que en aquella mansión reinaba.

—Sí señor,—contestó el negro sin levantar la voz, y tratando de ocultar los zapatos.

—¿Está en casa?

—Sí señor.

—¿En cama?

—Si señor; pero entre su merced en la sala, que la señora saldrá ahorita.

Y sin decir más, calzóse los zapatos y salió en dirección de *La Estrella*. Gabriel entró, vió una victoria nueva en el zaguán, cosa que no le llamó mucho la atención, porque por algunos meses había estado padeciendo el desagradable chasco de ver victorias nuevas en poder de muchachas viejas. Pasó á la sala por una puerta, ó más bien reja, formada de complicados adornos de hierro, practicada en el tabique medianero entre aquella estancia y el zaguán. La sala estaba sencilla pero decentemente amueblada, con un piano en el testero, y entre las ventanas una mesa de mármol con un reloj dorado encima, que no andaba, y sobre cuya mŭestra se veía á Chactas y Atala, en paños menores, dirigiéndose en las selvas del Misisipí, las agrestes galanterías que cuenta su biógrafo inmortal. A cada lado del reloj había hermosos floreros de china, y así aquél como éstos estaban cubiertos de limpios fanales de cristal. Apenas había tenido Gabriel lugar de examinar estos objetos, y remontarse con la imaginación á los tiempos y escenas de aquellos desventurados amantes, cuando se presentó en la sala una señora, en la flor de la edad todavía, es decir, de unos cuarenta años, y de aspecto agradable, cuya cara no le pareció de todo punto desconocida, y de cuya identidad no tuvo tiempo de dudar, porque, dirigiéndose á él, le dijo:

—¿Busca usted á mi marido?

—Sí señora..... el señor de Corsino..... tenía que hablar con él de parte de mi señor padre, don Cayetano Rodríguez.....

—¡Oh!—dijo la señora de Corsino, interrumpiendo á Gabriel, con una amable sonrisa,—tengo mucho gusto..... siéntese usted, caballero. Corsino se halla algo indispuesto..... siéntese.

—Lo siento mucho..... volveré otra día,—dijo Gabriel, tomando una silla del estrado, frente á la que había tomado la señora.

—No, no es cosa.....

—¡Ah! me alegro.

—En este momento está recogido; pero si usted puede aguardar..... unos momentos...

Ciertamente.

—Unos minutos nada más..... y saldrá á ver lo que se le ofrece á usted. Su papá y su mamá..... ¿buenos?

Mi madre ha estado algo achacosa..... está tomando ahora baños..... por una casualidad he venido yo acompañándola hoy, y...

—¿Aquí, en la playa!..... me hubiera alegrado de saberlo antes. Viniendo tan cerca de ésta, que es su casa, podía descansar un rato y tomar algo sustancioso, lo que es muy saludable inmediatamente después del baño, para entrar en calor. Dígaselo usted de mi parte; hágame usted el favor.

—Es mucha bondad.....

—Lo haría de muy buena gana, sí señor, y con eso tendría el gusto de ver á Marcelita, y conocerla. ¡Tantos años que hace vivo en esta casa suya, y tanto bien como me han dicho de ella; y no conocerla!... ¡Jesús!... eso no es justo. Los hombres hacen sus amistades, y no se acuerdan de la mujer. Dígale usted que venga con franqueza; y que á cualquiera hora que venga, hallará el caldo en el puchero. Y si no le gusta el caldo...vamos... quien dice caldo, dice alguna otra cosa... unos huevos espirituales ó una copita de vino con panetela... cualquier cosita.

Era de ver el gusto y el aire insinuante con que la buena señora hablaba, como si Gabriel estuviera á punto de desmayarse y le ofreciera aquellos adminículos apetitosos. El cortés huésped no cesaba de darle las gracias después de la mención de cada uno de los artículos confortativos, tratando al mismo tiempo de recordar donde había visto á aquella mujer. Su duda y perplejidad no duraron largo espacio; y de tal manera se resolvieron, y tal fué el vuelco que le dió el corazón, que palideció y se estremeció como si su alma hubiese sido una sustancia material, y se hubiese agitado dentro del ámbito del cuerpo. ¿Qué había sucedido? Que por la misma puerta por donde había venido la señora á la sala, entró rápidamente, mas no sin dirigir una mirada un tanto suplicante á Gabriel, una mulatica..... la mulatica, vivaracha y atrevida, la del chal y el moño, la de la alfombra y la silla, la de las respuestas impertinentes, la misma, la mismísima Fermina. Imagine el lector todo lo que Gabriel se dijo á sí mismo en aquel instante, los cálculos que hizo, las esperanzas que concibió y las miradas ansiosas y penetrantes que lanzó por todo lo que divisaba del interior de la casa, creyendo ver aparecer, en sus bellas formas, la hermosa criatura por quien hacía tantos meses estaba suspirando, y sin la cual le parecía la vida vacía.

La mulata se dirigió á la señora, le dijo algo al oído, mirando al mismo tiempo de medio ojo á Gabriel, y con la misma rapidez con que entró, volvió á salir. "Corsino se acaba de levantar, y saldrá dentro de un momento," dijo la señora dirigiéndose á Gabriel.

Esta noticia circuló por la casa toda como si hubiera sido trasmitida por el teléfono; porque en un instante salió del profundo silencio en que yacía. La mulatica vino apresurada de algún punto recóndito de la casa con dos jaulas de pájaros en las manos, y, encaramada en una silla, las fijó en los alambres que para el objeto colgaban del techo del comedor. Luego hizo la misma maniobra con otras dos jaulas; y cuando canarios y jilgueros se vieron reunidos en las alturas en que habitaban, comenzaron á cantar alegremente. El carrillo del pozo dió entonces señales de vida, chirriando á merced de la lavandera; oyóse el sonoro y acompasado machacar de la cocinera con la mano del almirez, el retumbante golpe de los hierros de la aplanchadora; y, finalmente, el mismo negro aquél, el que con tanta cautela abrió la puerta á Gabriel, entró en la casa con las compras en la mano, y los zapatos en los pies, sin temor de despertar los ecos con sus formidables tacones. Toda precaución se echó á un lado, y comenzóse á oir toser, estornudar, hablar, reir, cuando se supo que el señor del encantado castillo había ya dormido reposadamente su acostumbrada siesta.

Al fin, después de hacerse aguardar un buen rato, se presentó en la sala don Matías Corsino, con un pañuelo, plegado á modo de corbata, atado alrededor de la cabeza, con una levita abotonada por el botón más inmediato al cuello, los pantalones un tanto caídos por no tener tirantes ni estar sujetos con el botón de la pretina, y con unos pantuflos de marroquí verde en chancleta. Á pesar de lo estrafalario de su atavío, adelantóse con aire señoril y urbanas maneras á la visita, reconoció á Gabriel á quien dijo conocía de vista, preguntó por sus padres, y dió por sentado el motivo que allí le traía, no sin ser interrumpido más de una vez por la esposa, manifestándole las noticias que de doña Marcela acababa de tener, y los ofrecimientos que con este motivo había hecho.

—Venga usted, Reyes, venga á ver la chapucería que han hecho carpinteros y albañiles. Todo está en el fondo del patio,—dijo don Matías levantándose de la silla en que se había sentado después de saludar á Gabriel.

Éste hizo lo mismo.

—Ponte el sombrero para salir al patio, Matías. Fermina tráele el sombrero á tu amo.

La mulata, ligera como un pájaro, y sin dejar de echar su mirada á Gabriel de medio ojo, trajo el sombrero de paja.

—Usted me dispensará,—dijo don Matías cubriéndose;—tengo un catarro..... Cúbrase usted también..... Pues verá usted..... si le digo á usted que estos menestrales no merecen el pan que comen. No sirven más que para dejar las cosas peor de lo que estaban..... Vea usted: la caballeriza tiene por este lado su desagüe: este muro ha sido traspuesto de aquella línea á ésta donde lo vé usted ahora, y el techo ha sido levantado. Yo no exami-

né lo que hacían, pucs ésa es euenta suya; pero amigo, ¿quién le dice á usted que, con el agua que cayó la semana pasada, que no fué mucha..... abril, aguas mil, y todas caben en un barril..... se me inundó este cuarto que siempre ha sido seco? Imagine usted lo que sucederá cuando nos vengan encima los aguaceros de verano. Vea usted si no es esto una atrocidad..... Todavía está húmedo el cuarto; y es, como ve usted, el cuarto en que yo me baño, y en días de mucho calor, aquí me paso yo á dormir la siesta; porque de todos los de la casa, es el más expuesto á la brisa, de suerte que, por poca que haya, aquí. sopla, y yo duermo con toda mi comodidad. Ahora, dígame usted, si el suelo de la caballeriza.....

De esta manera siguió don Matías, pasando de un lado á otro, del patio al traspatio, calculando vertientes, midiendo paredes, y sin cesar, en tanto, de ajustarse el pañuelo que se le subía al colodrillo, y los pantalones que se le bajaban al ombligo. Gabriel, á todas estas, en babia. Miraba á don Matías, y oía sus razones como si todo fuese cosa fantástica, sin existencia en los ojos ni en los oídos; porque todos sus sentidos estaban absortos en la contemplación interna del lugar á donde tan inesperadamente le había traído la benévola Providencia. Estaba respirando el ambiente de la que no podía él ya creer que era desconocida, el perfume de las rosas, claveles y jazmines que adornaban el arriate del patio, le embriagaba, porque veía en la frondosidad de sus ramos el cuidado y esmero de la hermosa niña, y envidiaba á aquellas flores la gloria de tocar sus labios y anidarse en las trenzas de oro de sus cabellos.

Pero..... ¿dónde estaba ella? Al atravesar el patio, había Gabriel recorrido con los ojos la crujía de piezas que formaban los dormitorios de la casa. Todas ellas estaban abiertas, todas completamente amuebladas; pero en ninguna parte señal ninguna de su hermosa. Ya hacía esta, ya la otra conjetura; y, aunque algunas eran desconsoladoras, sacábalas todas pintadas de color de rosa; porque, al fin y al cabo, allí estaba la mulata, allí estaba la señora, sobre la cual no le quedaba ya la menor duda de que era la misma que acompañaba á la niña en aquel día memorable de San Rafael, y él estaba en la casa en que ella, ó vivía, ó era tenida como de la familia. Las tinieblas, por fin, se disipaban, y el enamorado mozo, con la imaginación, restregábase las manos de contento.

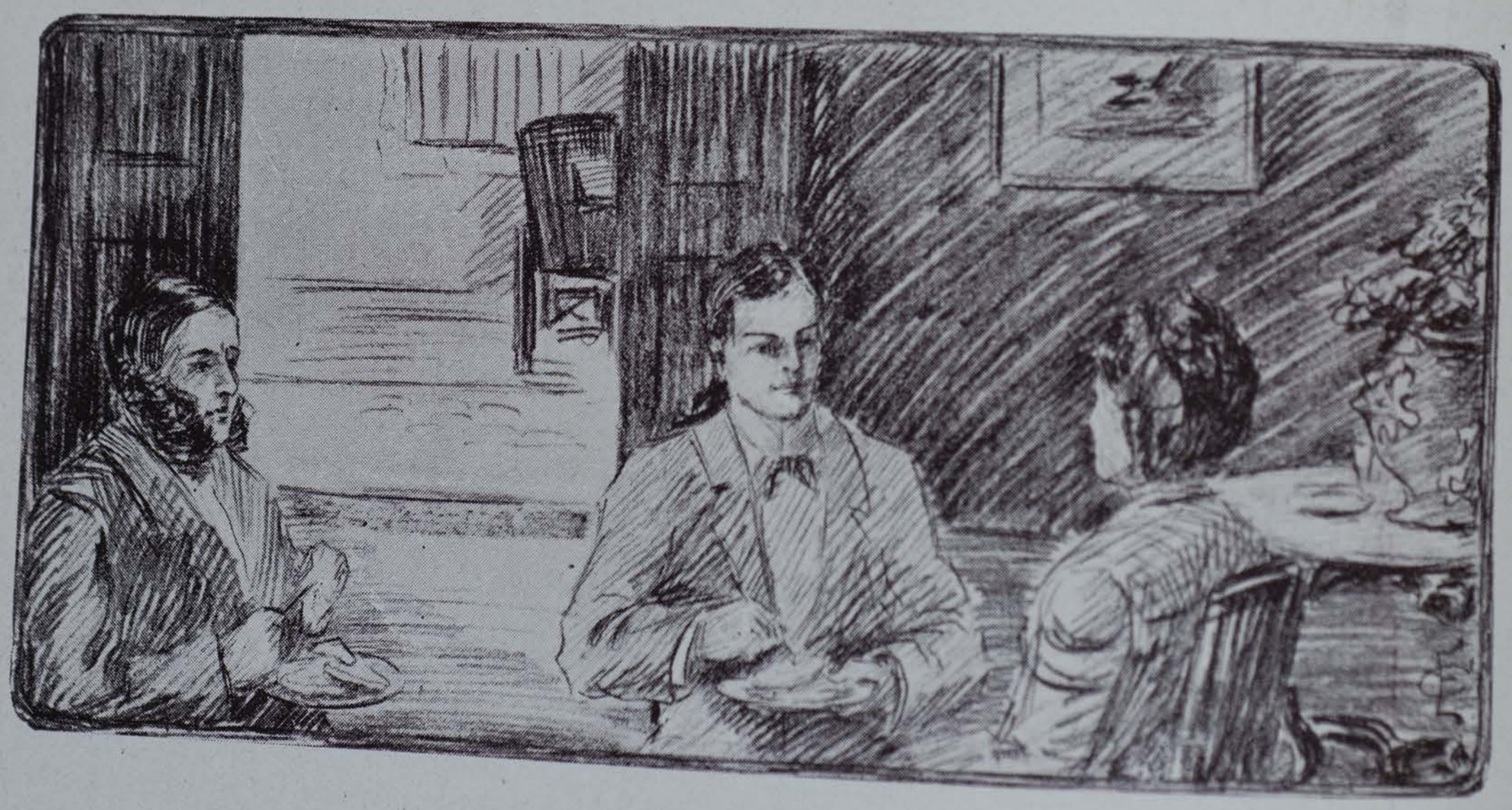
Concluídas todas las observaciones que quiso hacer don Matías, y de que no tenía su oyente la más remota idea, volvieron á la sala. Gabriel sacó el reloj, aparentemente en ademán de retirarse; pero en realidad con intención de que le dijeran que no se retirara. Y así fué; porque la amabilísima señora, cuyo nombre era doña Monserrate, estaba ya lista y preparada con una hermosa piña, cuyas tajadas nadaban en vino tinto, en una ponchera de cristal.

—Usted no se nos va sin tomar alguna cosita, Reyes,—dijo;—siéntese que su mamá no puede haber salido del baño todavía

—Sí, sí,—añadió don Matías, echándole el ojo á la ponchera, que estaba incitante.—Vamos, pruebe usted la piña, que es de las más dulces que se hallan en toda la Habana.

Gabriel no se hizo de rogar; mas del mismo modo accediera, si le hubiera ofrecido rejalgar; y así se dió cuenta de la dulzura de la piña como de la tan decantada de la miel hiblea, que no conocía sino por las traducciones latinas; pues toda su alma, sus sentidos todos estaban atentos á hallar el medio de traer la conversación incidentalmente al terreno de sus exploraciones.

—Y no sólo ha de probarla, sino llevarle una á Marcelita para que se la coma en mi nombre al llegar á casa. La mandaré con el cochero para que usted no se moleste.



—VAMOS, PRUEBE USTED LA PIÑA.....

ALBUM DE DAMAS

SRITA. CIRA ANDRACA, MATANCERA

ACHAQUES QUIERE LA MUERTE.....

Por Federico Villoch

I

Cuando con su guadaña
la Parca fiera
se apareció en el mundo
por vez primera,
aquí talo, allí corto,
se fué llevando
las más hermosas vidas
que fué encontrando.
Como el mundo era entonces
todo alegría,
y el hombre sin pesares
siglos vivía,
los que habían vivido
como las flores
sin saber de la muerte
ni sus dolores,
ante aquellos desastres
inesperados
quedaron sorprendidos
y acobardados;
pero al fin, reponiéndose,
con fiera saña,
privaron á la muerte
de su guadaña;
en son de guerra, todos
se amotinaron;
á palos y pedradas
presto la echaron,
y la muerte, medrosa,
tornó al camino
intrincado y obscuro
por donde vino,
que es una senda negra
que cruza el cielo,
y en el cual, según pasan,
con raudo vuelo,
las almas fugitivas
marcan sus huellas...
y después en las sombras
nacen estrellas.

II

De vuelta de aquel viaje
tan desdichado,
preguntóle el Supremo:
—¿Qué te ha pasado?
y contestó la muerte:
—Que allá en la tierra
me han armado los hombres
tan cruda guerra,
que si acepto sus luchas
y no deserto,
quien fué á sembrar la muerte
se hubiera muerto.
—Es preciso que vuelvas.
—No he de atreverme;
yo soy sola, ellos muchos,
y han de vencerme.
—Lo comprendo; mas tienes
que decidirte,
y también habrán ellos
de recibirte,
puesto que es imposible
que no conciban,
que es preciso que mueran
para que vivan.
La vida es un infante
sin experiencia,
que halla en la muerte el jugo
de su existencia.

III

Era grave el conflicto,
pero muy grave;
mas como el Sér Supremo
todo lo sabe,
resolver al fin supo
tan serio caso,
y ved de qué manera
salió del paso.
—Está la cuestión—dijo—
ya decidida;
necesito la muerte
para la vida
y he de pasear la muerte
por donde quiera,
mas será *la disculpa*
su compañera.
Sin temor vuelve al mundo,
cumple tu empeño,
que yo soy de los hombres
señor y dueño;
si mil hasta hoy tuvieron
la dicha en prenda,
mil millones me piden
igual prebenda,
y aunque cause mi obra
penas y llantos,
lugar en aquel mundo
no hay para tantos.
Hiere y mata, que es ese
tu triste sino;
mas yendo con la amiga
que te destino,
tendrán una disculpa
los desgraciados,
y quedarán tranquilos
y consolados.

IV

¡Hace ya tantos siglos!
Desde aquel día,
vive el mundo en perpétua
cruda agonía;
la segadora horrible
siega á destajo,
sin parar en su rudo
fiero trabajo;
y desfilan los fúnebres
tristes cortejos
de pobres y de ricos
niños y viejos.
Si la horrible difteria
nos lleva á un hijo:
tanto polvo, la culpa
tiene de fijo;
si una bala perdida
hiere á un hermano;
si un desbocado potro
mata á un anciano,
fué porque ambos huyendo
la muchedumbre
tomaron otro rumbo
que el de costumbre.
Si de una pulmonía
muere un amigo,
fué por salir de un baile
sin el abrigo.
El invierno es la causa
de las fluxiones,
y motivo el verano
de insolaciones;
y así para el que el cuerpo
rinde doliente
siempre encuentra descargos
el que lo siente,
sin convencerse nadie
que en el Gran Todo,
se muere una vez solo
de un solo modo;
y cualquiera en el hombre
que sea su suerte,
tan sólo hay una causa
¡y esa es la muerte!

V

Vedla con su guadaña
siempre acechando;
vá, viene, vuelve y torna,
siempre segando:
y de su cruel facna
Dios es testigo,
y el mundo es la gran era
y el hombre el trigo.

.....

Unas veces las cosas
y otras la suerte,
para aceptarla, *achaques*
quiere la muerte;
¡y así al par que sus culpas
vá disculpando,
las vidas mas hermosas
se vá llevando!

NOTAS Y NOTICIAS

POR FRUCTIDOR

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Es la frase imprescindible, en todos los labios humanos, durante los primeros días de Enero.

Feliz año nuevo..... ¡Qué bien suena en labios femeniles, pronunciada por una voz fresca, argentina, acariciadora!

Pero más que la voz, influye el estado de ánimo del que la oye.

Para el que se siente alegre, saludable, dichoso, sin penas que atenacen su corazón y sin negros pensamientos que nublen su frente, la frase *Feliz año nuevo* suena armoniosamente como anunciadora de mayores dichas; para el que se siente triste, enfermo y desgraciado, le parecerá esa salutación cruel ironía, sarcasmo de la suerte, burla hiriente que exacerba sus males.

Amantes dichosos que en vuestro amor cifráis la dicha futura; padres cariñosos que en vuestros hijos depositáis afectos y ternuras; poetas, escritores y artistas que en la gloria todavía soñáis; seres afortunados que de vuestros trabajos y afanes esperáis positivos provechos, á todos vosotros, los dichosos de la tierra: ¡Feliz año nuevo!

A los demás, á los que no sienten amores, ni afectos, ni ternuras; á los que no sueñan en la gloria ni esperan provecho; á los que no experimentan la dicha de vivir, á los vencidos, á éstos, no nos atrevemos á saludarlos con un "feliz año nuevo" porque para ellos el nuevo año será otro año de sufrimientos y decepciones.

* * *

El número de CUBA Y AMÉRICA correspondiente á la edición mensual, aparecerá el próximo domingo.

Su aplazamiento obedece á dedicar este número á las festividades de Año Nuevo y Reyes.

* * *

Se acerca el día de Reyes.

Es el día favorito de la gente menuda, el esperado con más ansia, el saludado con más risas y alegres exclamaciones.

Para los niños el día de Reyes es día de sorpresas y alegrías. Como llovidos del cielo, les vienen juguetes á granel, y sabido es que los juguetes son para ellos los tesoros más preciados... durante algunas horas.

¡Feliz edad en que se resumen todas las ilusiones en una muñeca ó en un caballo de cartón!

Andando el tiempo, esos niños que hoy se recrean y entretienen con frágiles juguetes, pondrán todos sus afanes en la adquisición de cosas de más importancia, cosas que quizás jamás lleguen á alcanzar y que ni siquiera podrán alimentar la esperanza de que unos reyes fantasmagóricos se los regalen como un presente merecido.

Gozad, niños queridos, gozad en el día de Reyes, como compensación á los días no tan alegres ni felices que os guardará la vida.

* * *

Los bailes del *Casino Alemán* gozan entre la buena sociedad habanera de grande y merecida fama. El efectuado el día 25 del pasado, dió ocasión á que los salones de la prestigiosa asociación se vieran colmados de concurrencia distinguida, entre la que se contaban hermosísimas damas, conocidas personalidades de la colonia alemana y una brillante representación de la oficialidad del buque de guerra "Stein".

Orgullosa puede estar la colonia alemana de la Habana, de poseer un centro tan culto y de tanto prestigio social.

* * *

En comunicación atenta nos participa el profesor Sr. J. Marín Varona, presidente del Círculo de Bellas Artes, haber quedado éste definitivamente instalado en la casa número 9 de la calzada de San Lázaro.

Contando con local propio y con una Directiva entusiasta y activa, el Círculo de Bellas Artes está llamado á ser importante factor en nuestra vida artística, huérfana hasta ahora de fecundas iniciativas y de perseverantes esfuerzos.

* * *

Como presentes de Año Nuevo, hemos recibido lujosos almanaques de la farmacia de Johnson, de la fábrica "Chocolate de

Baguer" y de la imprenta *Avisador Comercial.*

También hemos sido obsequiados con un pañuelo de seda bordado por la acreditada casa de comercio de P. Alvarez y Cª

* * *

La función efectuada en el *Nacional* á beneficio del Sr. Ignacio Cervantes, fué una prueba elocuente de las merecidas simpatías de que goza el artista cubano.

Es siempre grato ver que el talento encuentra á veces apoyo y consideración.

* * *

¿Saben ustedes qué cantidad produce la tierra del precioso metal amarillo, tan ambicionado como buscado?

El Sr. de Jorielle, director de la administración de monedas y medallas de Francia, nos lo dice en su informe anual dirigido al ministro de Hacienda.

La producción del oro no era en 1878 sino de quinientos millones, pero ha aumentado rápidamente á consecuencia del descubrimiento de nuevas minas y de la explotación más científica de los minerales auríferos. En 1899 alcanzaba la enorme suma de mil seiscientos millones de francos.

CARLOS FONTS Y JUNCO

* * *

Para alegrar las páginas de nuestro número de Año Nuevo, necesitábamos insertar en esta sección el retrato de un niño, y nuestra elección debía recaer en Carlos Fonts y Junco, que por su carácter alegre y simpático, su inteligencia y corrección no obstante su corta edad, es la hermosa y legítima esperanza de sus padres y el encanto mayor de un hogar feliz.

* * *

Víctima de un accidente desgraciado, falleció el 31 del pasado mes, el joven William G. Fargo, hijo del ministro americano en Cuba, á quien enviamos nuestro sentido pésame.

* * *

¿Crecen las uñas tan de prisa en verano como en invierno? ¿Cuánto tiempo necesita una uña para renovarse? ¿Crecen todas las uñas con la misma rapidez? ¿Crecen de la misma manera á derecha é izquierda?

Tales son las preguntas que se ha formulado un doctor alemán y que ha resuelto. Sus observaciones se han extendido sobre 30.000 manos, y han dado los siguientes resultados.

Se ha comprobado que las uñas como los cabellos, crecen más de prisa en verano que en invierno. En el primer caso, una uña no necesita más que ciento dieciséis días para renovarse, mientras que le hace falta ciento treinta y dos en el segundo. Las uñas de la mano derecha crecen más de prisa que las de la mano izquierda.

Por último, el crecimiento de las uñas varía según el orden de los dedos.

Mientras que alcanza el máximun de rapidez en el medio y el mínimo en el pulgar, los otros dedos tienen una rapidez media de crecimiento.

* * *

Un eminente estadista de Inglaterra acaba de descubrir que si la fortuna nacional de los ingleses disminuye..... es porque comen y beben demasiado, en una palabra, porque aman exageradamente su *confort*.

He aquí las cifras que ofrece: Los ingleses gastan al año doce mil millones y medio de francos en comer y beber, ó sea un treinta y cuatro por ciento de su renta total; para vestirse necesitan cuatro mil millones, ó sea el trece por ciento de sus rentas; para habitación cinco mil millones y medio. En suma, los gastos de la vida material absorben el sesenta y tres por ciento de la renta de la nación.

Los ingleses son gente práctica.

* * *

Muy animado y concurrido vióse el banquete efectuado en el restaurant "Miramar" la noche del sábado 31 de Diciembre, con el cual el Centro de Comerciantes é Industriales obsequió á los comisionados que fueron á Washington para gestionar la reciprocidad.